

Póngale el cuño

Por Agustín TAMARGO

A fotografía salió en todos los periódicos. *oct 16/76*

L Me refiero a la de ese grupo de desafortunados boliteros que, entre el millón que hay en La Habana, cayeron en las jaulas de la Policía. Cayeron ellos, pero los que los mandan a ellos, o los que viven de ellos, esos no. Esos están a buen seguro.

Pero esa fotografía tenía, aparte de sus implicaciones sociales, una significación más honda. No era, prácticamente, una fotografía, sino una radiografía. Los diez o doce cubanos colocados en fila frente a la cámara, estaban, sin excepción riéndose. ¿Cómo es posible que se ría quien sabe que ha delinuido? ¿No les preocupaba a estos hombres su futuro? ¿No les atemorizaba la idea de ir a dar con sus pobres huesos a la cárcel por haber violado determinado artículo del Código?

—00000—

L OS boliteros no parecían pensar en eso, por lo menos en el momento de ser fotografiados. En su desparpajo, parecían decir: ¿Y con qué moral van a juzgarnos a nosotros, que no somos más que una pequeña tuerca, si dejan intacto el resto de la maquinaria? ¿Con qué moral puede enviarnos a una mazmorra el juez que se hace de la vista gorda ante las transgresiones de la ley que ocurren a diario en sus mismas narices? ¿Con qué derecho puede privarnos de la libertad una sociedad que en su redichosa vida no se ha preocupado de si nuestros hijos comen o no comen, o de si estamos en esto porque nos gusta, o porque no tenemos otra cosa que hacer?

En suma, que los boliteros no parecían tener miedo. No porque las sanciones que les aguarden no vayan a ser elevadas, ni porque la prisión no sea muy rigurosa, sino porque, en el fondo de su conciencia, ellos están seguros —como yo— de que se ha cometido una injusticia.

—00000—

NO es con aspavientos, ni quebrando la soga por lo más delgado, como se acaba un mal. El juego se ha extendido en La Habana y en toda Cuba más de lo que es prácticamente recomendable en un país de jugadores como el nuestro. Se juega, no ya la Lotería, o al póker en los Casinos, como debe ser, sino en todas partes y a toda hora, delante o detrás del policía, por el terminal de las recaudaciones o por el terminal de cualquier cosa, por teléfono, a pie, a caballo, en bicicleta o como sea. Se juega en todas partes y a la vista de todos. Y las vidrieras de La Habana, para demostrar que esto no será Las Vegas pero se le parece bastante, cuelgan sus letreritos todos los días con lo que "tiraron" Castillo, La China o La Central, como si fuera la misma Lista de la Lotería.

Se juega porque el juego se ha organizado. Se juega como se ha jugado siempre, sólo que con un poco más de desparpajo.

Si esto es así, y si en este cuadro de corrupción el bolitero o apuntador no representa otro papel que el de modesto agente, ¿por qué cogerla con él? ¿Por qué no sentar antes en el banquillo a los grandes aprovechados del juego, si es que de verdad quieren entrarle a la cuestión "con la manga al codo".

Pero no. Hicieron esto, que era lo más aparatoso y lo más cómodo. Aunque también sea lo más injusto.

Desde el fondo de mi alma de cubano que no apunta, levanto, pues, mi protesta. No se puede encarcelar, ni se debe privar de la libertad de movimiento, a quien, en fin de cuentas, no es más que un último agente de la esperanza.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA